

Instalación

Palabras del Presidente de la Sociedad de Agricultores de Colombia. SAC*

Words by the President of the Colombian Farmers Association (SAC)

Rafael Mejía López

(Saludo y agradecimientos).

Si bien los últimos años han sido y continúan siendo, por razones ampliamente debatidas, muy difíciles para el sector productivo y consumidor colombiano, también es cierto que de ellos debemos extraer no sólo balances penosos, sino lecciones positivas para el presente y hacia el futuro. Como veremos más adelante, no debemos remitirnos únicamente a la coyuntura reciente para evaluar en qué punto vamos, sino colocar nuestra situación actual en el contexto y proyectar algunos elementos que orienten nuestra actividad como productores, como miembros de organizaciones agropecuarias y como colombianos.

¿Cómo nos encontramos actualmente? Una mirada a los indicadores actuales de la actividad económica nacional basta para confirmar que no hay signos claros de reactivación de la producción y del comercio. El sector productivo nacional, en su conjunto, no ha podido comenzar a crecer decididamente: a pesar de la devaluación reciente, nuestras exportaciones enfrentan compradores y mercados con menor crecimiento; la percepción de riesgo impide que la inversión

despegue; el desempleo continúa en niveles alarmantes y la menor inflación no ha servido más que para confirmar la debilidad de los ingresos y de la demanda.

Por su parte, el Gobierno Nacional no ha podido sanear sus cuentas y sigue inspirando dudas sobre su capacidad para alcanzar la meta fiscal este año, lo que depende, en buena medida, del tránsito legislativo de importantes reformas, así como del desempeño mismo de la producción y el comercio exterior.

Hasta aquí resultaría aparentemente sencillo comprender la situación actual de la economía y formular soluciones que contribuyan a su superación. Sin embargo, existe una base mucho más compleja de problemas no resueltos aún, que parecen tener su raíz enquistada en fenómenos un poco más lejanos en el tiempo.

En medio de las incesantes discusiones y debates a este respecto, se han venido revelando importantes análisis sobre el comportamiento de nuestra economía, a partir de procesos de carácter tanto coyuntural como estructural. De éstos conviene destacar particularmente algunos

* En la Instalación del XXIX Congreso Nacional de Cultivadores de Palma de Aceite. Barranquilla, 6 de Junio de 2001.

que a la vez señalan de manera constructiva algunas lecciones para el presente y para los años venideros.

En primera instancia, es necesario recordar que en la última década se manifestó un avanzado sesgo en favor del consumo y el endeudamiento, tanto público como privado, sin un fortalecimiento paralelo de la capacidad productiva. Esto condujo, inevitablemente, a mantener los precios de activos, como la finca raíz, elevados, la cartera hipotecaria excesiva y la producción costosa. El crecimiento del narcotráfico y su capacidad corruptora e inflacionaria no aportó más que distorsiones adicionales a este problema.

Segundo, se ha soslayado demasiado el impulso al incremento de la productividad y se han dilatado las reformas a los mercados de trabajo y temas relacionados, en un país donde muchos piden mayor exposición a la competencia internacional, pero donde no se promueve adecuadamente la reducción de los costos de producción y el fortalecimiento del capital humano y social.

En tercer lugar, cabe argumentar una vez más que la improvisación e incoherencia con que se ejecutaron las medidas de liberación comercial a principios de la década pasada y el manejo macroeconómico que por desgracia las acompañó, castigaron sin consuelo muchas actividades con alto potencial productivo y competitivo, este último, reflejado en una tasa de cambio revaluada por un período demasiado extenso.

No debe pasarse por alto advertir, una vez más, la gravedad de la crisis institucional que se extiende por todo el país y la acelerada destrucción derivada de las acciones violentas contra la infraestructura del Estado, las empresas particulares y asociativas y la integridad física y emocional de las personas, todo lo cual se suma a la aguda pobreza urbana y rural.

Con el objetivo de enfrentar algunos de estos conflictos, el Gobierno Nacional adelanta simultáneamente negociaciones y enfrentamientos con las fuerzas guerrilleras, además de combatir a las autodefensas, en medio de acciones destructivas contra la población civil y la infraestructura económica local y nacional. Resulta, en este sentido, verdaderamente contradictorio, de parte de estos grupos, esgrimir argumentos sobre la necesidad de superar las condiciones de pobreza y atraso, a la vez que atenían cobardemente contra las semillas del desarrollo futuro de nuestro país. Consideramos, en este sentido, que en ausencia de mejores condiciones de seguridad y paz tendremos un crecimiento económico inestable y bajo.

Si bien es desafortunado reconocer que algunos de estos problemas mencionados anteriormente, en concreto aquellos de carácter pretendidamente coyuntural, cumplen ya alrededor de dos años de incidencia sobre los colombianos, sus empresas y empleos, aún es más preocupante el hecho de no haber encontrado, en forma serena, puertas de salida para todos los demás. Quizás por esto se ha recurrido, con ciego desespero muchas veces, al lanzamiento de "propuestas de choque" con la intención de aliviar o atenuar sus efectos más dolorosos, lo que conduce a ignorar los problemas

estructurales o a abordarlos de manera equivocada.

A la difícil situación por la que viene atravesando el sector productivo nacional no ha escapado en modo alguno la actividad agropecuaria: a pesar del mejoramiento de algunos indicadores sectoriales, no disponemos más que de nuestra resistencia y visión de futuro, para ser en este momento relativamente optimistas frente al porvenir del campo.

¿Cómo se ha comportado el sector agropecuario en la última década? Entre el primero y segundo



quinquenos de los noventa, la contracción de los cultivos de ciclo corto fue prácticamente generalizada. A pesar de que representaban en la primera mitad de la década cerca de la mitad del total del área cosechada, incluyendo café, pasaron a ocupar tan sólo el 40% en la segunda mitad. En su conjunto, los cultivos de ciclo corto registraron una caída en áreas de cerca de 5%, promedio anual, y con excepción del arroz y las hortalizas, las demás actividades presentaron reducciones considerables. Esto trajo consigo naturalmente una reducción en los niveles de producción de 1,1%, promedio anual, para el segundo quinquenio, aunque con una mejora de los rendimientos por hectárea en la mayoría de sus renglones, gracias a esfuerzos del sector privado en investigación y desarrollo.

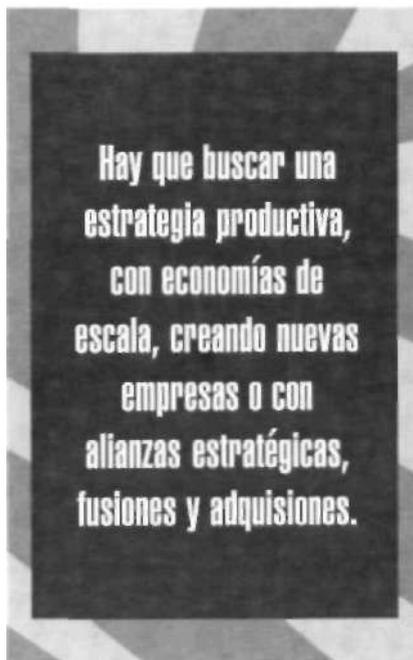
Respecto a los cultivos permanentes, los resultados en los años noventa pueden considerarse ligeramente positivos, ya que su dinámica de crecimiento en área cosechada fue tan sólo del 1,3% anual, en promedio, entre los dos quinquenios, sustentado básicamente en azúcar, palma de aceite, frutales y flores, pues los demás permanecieron prácticamente estancados. La producción, por su parte, mostró un promedio de crecimiento anual del 2,3% entre los dos quinquenios, gracias al dinamismo registrado en el último año de la década.

Como consecuencia de lo anterior, la producción agrícola nacional en la década pasada perdió rápidamente participación dentro de la oferta interna, mientras que las importaciones ganaron terreno, sustituyendo no sólo producción nacional sino aprovechando una mayor demanda interna por materias primas. Todo ello derivado de la eliminación unilateral de las barreras no arancelarias con que contaba el país y a la ingenua y apresurada liberación arancelaria.

En efecto, las importaciones de productos agropecuarios y agroindustriales crecieron entre 1991 y 2000, en promedio, a una tasa anual del

17,5% en volumen y 17% en valor. Cabe destacar que los mayores volúmenes correspondieron a productos del reino vegetal, particularmente cereales y semillas y frutos oleaginosos, así como también las correspondientes a residuos y desperdicios de la industria alimentaria.

En contraste, las exportaciones nacionales de productos agropecuarios y agroindustriales, sin café, pasaron de 2,2 millones de toneladas en 1991 a tan sólo 3,7 millones en el año 2000, con una tasa de crecimiento anual, en promedio, de 6,2%. En términos de valor, las mismas pasaron de US\$1.395 millones en 1991 a poco más de US\$2.000 millones en 2000, con una tasa de crecimiento anual de 4,2%, en promedio.



Lo anterior quiere decir que, en la última década, el país triplicó el valor de las compras externas, mientras que logró apenas duplicar el de sus exportaciones, con un franco deterioro en su balanza comercial agropecuaria y agroindustrial, sin café, al punto que en 1996 arrojamos un déficit mayor a US\$52 millones. En los dos últimos años, la balanza agropecuaria ha mejorado gracias a la mayor competitividad de nuestros productos en el mercado sub-regional andino, particularmente en Venezuela, país que ha mantenido revaluada su moneda en los últimos años y Ecuador, que ha afrontado una profunda crisis económica. Vale la pena mencio-

nar que a pesar de los resultados alcanzados en 1999 y 2000 en materia de balanza comercial, los mismos no logran igualar los niveles alcanzados en los primeros años de la década.

¿Se está verdaderamente reactivando el sector agropecuario? A pesar de los propósitos del Gobierno en medio de las dificultades del sector productivo, de los consumidores y del mismo Estado, no podemos más que mostrarnos extrañados por la interpretación que se le ha querido dar al comportamiento de algunas indicadores recientes de la actividad agropecuaria, en el sentido de plantear una reactivación del agro.

Si bien el año pasado el total del sector agrícola, sin café, mostró un aumento del 2,2% en el área cosechada y 4% en los volúmenes de producción, dicho crecimiento obedeció, en buena medida, a condiciones climáticas, además de factores de coyuntura en el caso de un buen número de cultivos semipermanentes. Por otra parte, a pesar de compartir su orientación y propósitos, consideramos que los esfuerzos del Gobierno en materia de financiamiento y fomento de las cadenas productivas han sido desafortunadamente insuficientes, ya que el crecimiento de la agricultura de ciclo corto se explica básicamente por el desempeño de dos productos, maíz y papa, en los cuales se percibe también un esfuerzo de los productores por mejorar sus condiciones de eficiencia.

Según cálculos del DANE, el sector agropecuario alcanzó durante el primer trimestre de 2001 un crecimiento de 4,99%, o sea 2 puntos más que en el mismo trimestre de 2000 y 2 puntos menos que el último trimestre de 2000. Este resultado refleja simplemente el desempeño sectorial en el primer trimestre: el pronóstico para el año completo por parte del Gobierno es del 6% de crecimiento global del sector, resultado que esperamos con optimismo.

Las condiciones para un crecimiento sostenible se deberían reflejar, de alguna manera, en las colocaciones de crédito para el sector. Sin embargo, las aprobaciones de crédito institucional siguen siendo hoy en día inferiores, en términos reales, a los niveles alcanzados en la primera mitad de los años noventa. Por otra parte, en la actualidad los recursos de Finagro están orientados, en buena medida, a la normalización de cartera y a la comercialización, mientras que las líneas de inversión y de capital de trabajo, diferentes a comercialización, continúan con una fuerte tendencia decreciente.

Para nosotros es evidente, por esta razón, que el desempeño sectorial reciente y actual, de cara al insuficiente reacomodo institucional y productivo frente a la experiencia de la década pasada, nos impiden hablar de una verdadera reactivación de la agricultura. Una verdadera reactivación agropecuaria requeriría una rentabilidad conocida y atractiva, lo que aumentaría la

inversión actual y nueva y lógicamente generaría empleo directo e indirecto.

¿Qué proponemos para un despegue sostenido del sector agropecuario? Es apenas justo reconocer la gravedad del problema que hemos estado enfrentando en Colombia productores, Gobierno y sector financiero, con el manejo del endeudamiento y la desvalorización de los activos a raíz de las condiciones de recesión económica. De hecho, importantes analistas económicos vienen advirtiendo que la recesión no terminará antes que se hayan superado fenómenos como la desvalorización de activos productivos -determinante fundamental de las garantías para los deudores- y su acumulación excesiva por parte de los acreedores.

Pero no sólo es éste el factor que explica el insatisfactorio desempeño del sector. A pesar del incesante reclamo que se nos hace por los bajos niveles de competitividad que acusan muchos subsectores y regiones, siendo muchos de ellos eficientes, aún parece muy lejano que encontremos condiciones de viabilidad en las actividades agropecuarias, inclusive en aquellas que cuentan con potencial competitivo interno y externo. Lo anterior pasa por considerar aspectos fundamentales que parecen ser vistos como producto de la generación espontánea por parte de nuestros planificadores, pero que hoy son objeto de atención por parte de la política pública en el mundo: desarrollo científico y tecnológico, política de comercio exterior, desarrollo de infraestructura de apoyo, formación de recursos humanos, cobertura frente a fenómenos inesperados y financiamiento de largo plazo, entre otros.

Consideramos que los esfuerzos por mantener condiciones macroeconómicas sanas deben buscarse, no sólo por el grado de debilidad y sensibilidad que muestra la economía colombiana en los momentos actuales, sino porque en adelante seguirá constituyendo un requisito fundamental para garantizar su estabilidad en el corto plazo, en el marco de una creciente dependencia frente a fenómenos externos. Nuestra moneda deberá continuar devaluada frente al dólar, mientras se vayan diseñando hacia el futuro instrumentos de integración monetaria

derivados del Área de Libre Comercio de las Américas, ALCA. El naciente debate sobre dolarización en Colombia apunta en ese sentido, y tendremos que participar activamente en él.

Resulta necio desconocer la importancia del equilibrio fiscal para un balance macroeconómico saludable. La estructura tributaria, de la cual depende en gran medida ese equilibrio, deberá ser revisada a fondo para hacerla coherente con la necesidad de incentivos para la inversión productiva. Sin embargo, vemos claramente que el Gobierno de turno busca no cómo fomentar la inversión productiva, sino cómo conseguir recursos en el corto plazo para su funcionamiento. Por eso venimos insistiendo que con la ayuda y colaboración del sector privado, el sector agropecuario, en su conjunto, debe ser primordial para el Estado colombiano y no sólo para el Gobierno de turno.

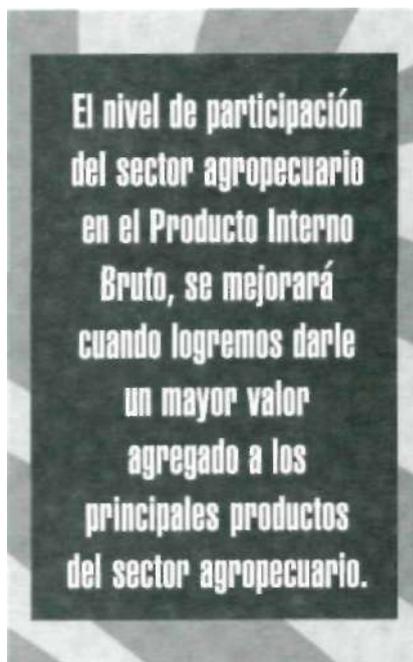
Frente a propósitos de mediano y largo plazo, resulta preocupante que el Gobierno esté formulando medidas artificiales - y, a la larga, infructuosas- para la generación de empleo, cuando de por medio se encuentra la consolidación de las cadenas productivas y la integración comercial y económica con nuestros socios comerciales.

En países como Venezuela, así como en Estados Unidos y la Unión Europea, la política agropecuaria condiciona la definición de la política comercial en materia agrícola. En nuestro país, por el contrario, se ha subordinado el desarrollo agropecuario a las transacciones y cambalaches del Ministerio de Comercio Exterior en las negociaciones comerciales internacionales.

Por otro lado, se nos ha advertido desde múltiples ámbitos que el financiamiento a la producción y a la capitalización seguirá por mucho tiempo restringido por causa de la posición del sistema financiero frente al riesgo, fenómeno que se ha agravado en el período

recesivo que aún no termina, a pesar de algunas medidas como la cobertura del FAG. En este sentido, se tornaron insuficientes y auto-destructivos los actuales instrumentos de apoyo a la modernización del sector, no sólo por su escaso alcance sino por su vinculación al crédito institucional. Será necesario entonces separar la asignación de financiamiento institucional y el otorgamiento de incentivos como el ICR, para la modernización del sector.

Cabe finalmente preguntarse cuáles pueden ser los efectos de medidas de choque surgidas en época de recesión y diseñadas con un propósito multisectorial. Por supuesto, sus beneficios o perjuicios dependen del tipo de medidas adoptadas y del alcance con qué se les dota. Sin embargo, nos asaltan temores frente a muchas de las medidas de choque propuestas recientemente, pues en lugar de corregir las distorsiones en que se desenvuelve la producción agropecuaria, podrían agravarla. Posiciones coherentes con los objetivos de largo plazo se muestran cada día más necesarias, ahora que comienzan a consolidarse lo que podríamos llamar las interdependencias, como sin duda lo constituyen la integración de Colombia con otros países y los encadenamientos de la agricultura con otros sectores.



La situación de incertidumbre que limita el desarrollo del sector agropecuario, derivada no sólo de los factores de riesgo considerados 'tradicionales' en la agricultura colombiana sino de los cambios en las condiciones de interdependencia frente a fenómenos externos, como la competencia internacional, las estrategias comerciales y de integración de países y bloques y los choques de efectos macroeconómicos severos, nos obligan a acelerar y profundizar el desarrollo de instrumentos de cobertura y garantías.

Ante esto, ¿cuál es entonces el futuro del sector agropecuario? Tenemos algunos diagnósticos

sobre la visión de futuro del sector agropecuario en los próximos 25 años. El sector primario tendrá que buscar, a partir de lo que el mercado internacional y nacional demanda, una estrategia productiva para producir ésta, buscando economías de escala, creando nuevas empresas o por intermedio de alianzas estratégicas, fusiones y adquisiciones, lo cual deberá resultar en el desarrollo de empresas productivas organizadas por áreas especializadas, pero también de formas asociativas modernas con criterio empresarial, a partir de la unión de pequeños, medianos o grandes productores, con el propósito de administrar el campo y sus recursos, de manera profesional, sostenible y económicamente viable. Ambas deberán estar integradas en cadenas productivas de transformación y comercialización.

Esta alternativa nos llevaría a ser más competitivos en un mercado internacional de productos agropecuarios altamente subsidiados y con marcadas alteraciones del precio en relación con las fechas de los inventarios que salen al mercado. Entendemos y sabemos que el futuro está comprometido por los Acuerdos Comerciales suscritos por Colombia y por los que se encuentran en proceso de negociación, teniendo en cuenta que nuestro país lamen-

tablemente ha demostrado una gran favorabilidad a la competencia internacional.

Simultáneamente necesitamos un desarrollo educativo que permita tener la capacidad humana, tecnológica, científica y la información adecuada (la biotecnología será decisiva), dentro de un marco general en el cual el Estado colombiano, no el Gobierno de turno, deberá tener una participación adecuada y activa en lo social y también en lo económico.

El nivel de penetración del sector agropecuario en el Producto Interno Bruto, PIB, se mejorará sustancialmente cuando finalmente logremos darle un mayor valor agregado a los principales productos del sector agropecuario. También, el Estado deberá tomar medidas de fondo para estimular adecuadamente el crecimiento del PIB, adoptando la legislación y los instrumentos necesarios para volver rentable la actividad agropecuaria.

En resumen, significa que tenemos un pasado que se fue, pero hay un futuro que todavía es nuestro, esperamos sea en paz...

Mil gracias.